

**«La extraña personalidad  
de una costurera carrionesa»**

Discurso de ingreso en el acto académico  
celebrado el día 15 de marzo de 1971 para  
la recepción como Académico Numerario  
de la Institución, de la Sra.

**D.<sup>a</sup> CASILDA ORDOÑEZ FERRER**



Excmos. e Ilmos. Sres., Ilustres Académicos, señoras y señores:

La Institución Tello Téllez de Meneses ha abierto generosamente sus académicas puertas y me ha invitado a pasar.

En el momento solemne de cruzar los umbrales de la Tello, me siento honrada, enorgullecida y amablemente distinguida por mis ilustres compañeros de Academia. Gracias.

Y como soy palentina, si no por los cuatro costados, al menos por los dos costados paternos, con rancias y antañonas raíces familiares, por un lado en la Piña de Campos Pacovighesca y por otro en el viejo e histórico Astudillo, tan viejo, que aún guarda resonancias de la voz de doña María de Padilla entre muros, ahora conventuales; como soy palentina, repito, esta palentina distinción me resulta increíblemente familiar y entrañable. Y aún más, porque aparte de esta satisfacción personal mía, hay otro sentimiento que en cierto modo la supera: la Tello Téllez de Meneses ha abierto sus puertas, por primera vez, a una mujer. Y ahora ya no soy yo, es la mujer palentina, más todavía, la mujer genérica, la que se siente honrada, enorgullecida y distinguida, y esta importante realidad supera mi satisfacción puramente personal.

Es... como pisar por primera vez las arenas intocadas de una playa desconocida. Es... como empezar a hundir las huellas en nieve aún virgen.

Con ese sentimiento, mezcla de gozosa sorpresa y de tímido descubrimiento, y en nombre de todas las mujeres, nuevamente, señores académicos, gracias.

Mis reflexiones de esta tarde, van a ir dirigidas a una mujer palentina, carrionesa, oscura, desconocida: Francisca Javiera del Valle.

Mi elección de Francisca Javiera tiene bastante de símbolo: en el recuerdo de esta mujer carrionesa, he querido significar mi homenaje a todas las mujeres palentinas. Mujeres que están simbólicamente marcadas por la parda austeridad de Castilla. No son brillantes, como no lo es Castilla, sino sufridas, discretas y recias.



En el estudio de Francisca Javiera del Valle, he utilizado fuentes diferentes. En primer lugar he acudido a las biografías publicadas en los años 32 y 42 por el jesuita Marcelino González; a la lectura de los propios escritos de Francisca, inesperadamente hallados tras búsquedas constantes, en el Convento de Carmelitas de Carrión, a quienes quiero agradecer su generosa entrega; en segundo lugar están los relatos de diferentes personas que la conocieron, a quienes he entrevistado, que me han suministrado una visión viva de la carrionesa muerta y una gavilla de anécdotas y recuerdos.

De unas y otras experiencias, de las leídas y de las oídas, ha surgido una última Francisca del Valle: mi Francisca del Valle particular.

¿Pero cuál es la Francisca del Valle verdadera? No es la misma la del P. Marcelino González, que la de algunos de los que la trataron y conocieron en vida, que la mía propia. En ocasiones coinciden y se emparejan, en ocasiones resultan contrarias.

La Francisca del Valle verdadera, ¿dónde estará?

Quizás les resulte a Vds. una pirueta pirandelliana, este vario enfoque de la costurera de Carrión. Como el de aquella obra del autor italiano, Luigi Pirandello, "Cosí é come vi pare", cuando presenta una múltiple interpretación, de un único hecho objetivo, pero así de difícil y de múltiple es el estudio y el juicio de una personalidad sobremanera extraña y fuera de norma, como es la de Francisca del Valle.

Utilizando los escritos en que Francisca, por orden de su Director Espiritual, escribe recuerdos de su infancia, su proceso espiritual, su visión de la vida interior, sus cuentas de conciencia sobre el cumplimiento de sus votos, etc., el P. Marcelino González compuso en 1932, con las dificultades que ofrecía la casi absoluta falta de cronología de sus textos, una "Vida de la sierva de Dios Francisca Javiera del Valle", intercalada con juicios e interpretaciones personales del autor, valoraciones de sus extraordinarias confesiones, de sus experiencias sobrenaturales: visiones, raptos, éxtasis... que ella relata o que en ocasiones afirman testigos que se dicen presenciales de tales hechos, amén de una serie de datos y circunstancias personales de la vida de Francisca, testimonios escritos de personas que la conocieron, etc. Esta vida de la carrionesa, fue reeditada en el año 42 con bastantes adiciones (nuevos datos, nuevos testimonios) y algunas pequeñas supresiones.

El P. Marcelino González, aparte de hilvanar los textos de Francisca, enjuicia el fenómeno religioso de la misma y le considera extraordinario, como la repetición esporádica y excepcional de un caso de eremitismo, austeridad y vida penitente, que supera en ocasiones a muchos y consagrados santos de la Iglesia.

Después de hacer una relación de sus austeridades y penitencias corporales, se pregunta el P. Marcelino: "Después de la lectura de esta relación, ¿no puede asegurarse que Francisca igualó si no sobrepusó a los más grandes penitentes de que la historia nos habla?" (Página 267).

Acepta las experiencias religiosas extraordinarias de Francisca del Valle: sus visiones infantiles o adultas, sus éxtasis e incluso ese culminante final de la mística de que nos habla S. Juan en aquellos versos inolvidables:

"Quedéme y olvidéme  
el rostro recliné sobre el amado,  
cesó todo y dejéme,  
dejando mi cuidado  
entre las azucenas olvidado".

Es decir, acepta incluso el matrimonio espiritual, ese estado en que casi se han desvelado los oscuros velos de la fe, para caminar gozosamente por los senderos de la evidencia, de la experiencia de Dios.

Sería el momento de detenernos a pensar, brevemente, a modo de inciso, si el medio geográfico tiene alguna influencia en el desarrollo espiritual. Si la falta de lujos y exuberancias naturales, los medidos cromatismos de los paisajes castellanos, pueden significar una predisposición anímica hacia la interiorización, la contemplación o la soledad.

Los dos grandes místicos españoles: Teresa de Jesús y Juan de la Cruz, son hijos de Castilla la Vieja, la tantas veces adjetivada parada, terrosa, dilatada, austera Castilla.

También las tierras meseteñas de Palencia han sido cuna de dos mujeres con fama y aureola de místicas. La primera, una trapense del siglo XVI nacida en Becerril de Campos, de quien nos dá noticia el P. Renedo en su libro: "Escritores Palentinos". Es sor Luisa de Jesús.

La segunda es la carrionesa Francisca del Valle. Esta Francisca del Valle, que el P. Marcelino nos presenta apartada del mundo, santa solitaria, asceta terrible, de ayunos constantes y rigurosos, despreciadora absoluta del cuerpo... y mística. La verdad de su vida mística es aceptada por el P. Marcelino, basándose en la sinceridad de la propia Francisca cuando lo escribe, en ciertos juicios afirmativos de testigos presenciales y en el diagnóstico de perplejidad del que fue médico de Carrión, Dr. Garrido, que reconoció a Francisca en alguno de sus momentos extáticos y no se lo supo explicar por causas naturales.

La lectura de la "Vida de la sierva de Dios Francisca Javiera del Valle" del padre jesuíta, produce una fuerte impresión, la impresión de una figura inasequible, inimitable. Inimitable por nuestra propia mediocridad... y porque además no nos resulta amable su ejemplo, que se nos antoja distinto de la sencillez de vida de María o Jesús.

Pero Francisca del Valle se acerca, se humaniza, pierde las duras e hirientes aristas de su desproporcionada austeridad, en los relatos de los que la conocieron. Por ejemplo en el recuerdo campestre con que me obscurió un día D. Francisco del Valle, carrionés también y con una curiosa homofonía con el nombre y apellido de la mujer que hoy estudiamos, salvo la natural diferencia de género en el nombre de pila.

Una visita septembrina a Francisca, en un huerto que cuidaba en las afueras de Carrión. Acompañaba a D. Francisco en su visita, un canónigo de Astorga, mayordomo del obispo Dr. Alcolea, D. Celestino Bahillo. La carrionesa revive en el recuerdo que de ella guarda D. Francisco, con su cuerpo menudo y leve, sus ojos vivos, no grandes, sin apenas detener, reposar la mirada en quien la hablaba, vestida con su habitual sotana oscura, parca en palabras, las precisas y ésas, dichas con un tono de voz sin inflexiones, monótono y humilde. No había nada destacable en su aspecto externo, nada relevante, ni sobresaliente. Les recibió, sencillamente, sin dar especial importancia a la presencia del canónigo; evangélicamente, sin hacer acepción de personas. Les llevó, como experta, a los mejores árboles de la huerta y les obsequió, como buena anfitriona, con las frutas más sazonadas y sabrosas.

Una Francisca amable, discreta, distraída, la que recuerda esta anécdota; sosegadamente ida, como quien vive en paz, en otras cosas y en otro mundo interior.



La visión de la Francisca familiar, doméstica, cercana, se la debo a su sobrino Mariano Castro del Valle. Mariano Castro, es un anciano de cabello blanco y ojos claros, que rebosa castellana dignidad a pesar de sus años, de su sordera... y de su ceguera. Tiene una cabeza despejada y firme y tal vez la falta de sus dos sentidos corporales, le ha hecho refugiarse en el mundo de sus recuerdos, con una portentosa memoria. Vivió con Francisca hasta los 22 años, cuando regentaba aquella Escuela Apostólica de los jesuítas de Carrión.

La Francisca de Mariano Castro, no tiene siempre aquel sosiego que captaran D. Francisco del Valle y D. Celestino Bahillo en su visita. Mariano la recuerda vivaracha y en ocasiones enfadada y regañona, cariñosa, sin embargo, y de contradictoria generosidad: por una parte su caridad era terrible; cuando recibía los cuantiosos donativos de su protectora, D.<sup>a</sup> María Ballesteros, los gastaba íntegros en telas, vestidos, mantones, zapatos... repartidos después entre las gentes que solicitaban su ayuda y, en cambio, en ocasiones, a los mu-

chachos de la Escuela Apostólica a quienes atendía gracias a la generosidad de D.<sup>a</sup> María Ballesteros, les tenía a un régimen de comidas digno del dómine Cabra quevedesco. Tal vez le guiara la idea de educar a aquellos chicos en la austeridad, sin concesiones a caprichos ni blanduras o tal vez, su excesiva moderación en el comer, le hiciera juzgar como menor, la capacidad estomacal insaciable de unos muchachos jóvenes. Lo que sí se nota a través de estos detalles que nos hablan de la manera de hacer la caridad en Francisca, es una obsesión por no poseer, por no tener, y un cuidado menor, en el modo de desprenderse. Se le achaca el haber hecho una indiscriminada caridad, en ocasiones, sin sopesar la necesidad, exponiéndose a ser víctima de los abusos de algunos, poco escrupulosos y no necesitados, que se aprovechaban de este impulso suyo, incontenible, de desprendimiento.

Cuando yo conminé a Mariano Castro para que me diera un juicio sobre su tía Francisca, se quedó pensativo y al fin dijo: “Era de sentimientos nobles, muy buena... algo rara... algo extraña, pero tal vez —añadió— yo he juzgado rareza lo que era virtud extraordinaria, según los entendidos”.

Mariano, en los años que acompañó a su tía, no presencié ningún éxtasis; escuché en alguna especial ocasión charlas de Francisca, sentada en la castellana trébede, hablando emocionada del E. Santo; husmeó a escondidas en su cuarto secreto y llegó a atisbar la cruz, la famosa cruz de penitencia y sorprendió a Francisca casi a ciegas, sin apenas luz, escribiendo secretamente folios y más folios. Curiosa estampa. Una mujer del pueblo, reclinada sobre una pobre mesa, vestida con aquella sotana y esclavina jesuítica que le impusiera un día en el Altar Mayor de S. Zoilo el Dr. Almaraz y Santos, con un negro pañuelo a la cabeza como versión castellana y popular de las tocas monjiles, pasa sus horas escribiendo sobre misterios como la Trinidad o el Espíritu Santo. Es verdad lo que Mariano Castro dice, Francisca es extraña, si por extraño entendemos lo que se sale de la norma. Viéndola así, no nos choca la contestación que daba repetidamente a Juliana, madre de Mariano y hermana suya, cuando ésta le reprendía por las manchas y la suciedad de su negra sotana: “Juliana, eso son historias”.

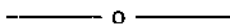
Estos folios que escribía Francisca en el secreto y oscuridad de su cuarto, han llegado a mis manos, amarillos por los años, roídos, algunos por los ratones, parda la tinta de su, casi siempre, clara escritura por el paso del tiempo, con olor a humedad y a misterio,



Uno de estos escritos de Francisca que trataba de la Trinidad, fue leído hace muchos años a Monseñor Tedeschini, aquel Cardenal de aristocrático porte romano, que fue Nuncio de S. S. en España y que entronizó el Corazón de Jesús en este Palacio de la Diputación Provincial, cuando era su Presidente alguien que me tocaba muy de cerca: mi padre. Monseñor Tedeschini, comentó después de leerlo: "Ni el más aventajado seminarista de Comillas podría haberse expresado mejor. Me parece estar leyendo una página de un místico del xvi".

Y por último, en esta galería de recuerdos de personas vivas que conocieron a Francisca, están las imágenes que me han brindado dos carmelitas descalzas. Una nos presenta una Francisca segura de sí, que se permite dar consejos de Dirección Espiritual a un joven sacerdote, en el locutorio del convento de Palencia, previniéndole de que "las mujeres tenemos más capas que cebollas" y otra recuerda a una Francisca moribunda y dulce, que intercalaba un Jesús apagado entre cada una de sus enfisemáticas respiraciones y que contestó muy oportunamente cuando la religiosa le pidió: "Francisquita pida usted por mí", "Mire hermana, ahora pida usted por mí, que yo ya lo haré luego desde arriba".

He querido presentarles previamente, este abanico de versiones franciscanas, antes de pasar a exponerles los resultados de mi propia visión de Francisca del Valle.



Estamos en 1856, años turbulentos del Reinado de Isabel II. El año de la retirada de Espartero y de la iniciación por O'Donnell de la "Unión Liberal". Luchas de Prim en las Campañas de Africa. Conmociones nacionales a escala política y militar, vividas intensamente en Madrid, pero que llegan amortiguadas, disminuídas, como las ondas cada vez más débiles de la piedra en el agua, a los pueblos lejanos de la metrópoli, a los pueblos de Castilla, por ejemplo.

Y estamos en un pueblo de Castilla, en la muy noble villa de Carrión de los Condes. Es un 3 de diciembre. La época de las nieblas, de los primeros fríos, de las noches largas y las veladas junto a la lumbre.

Nos hallamos en una humilde casa de un humilde carrionés: de Antonio del Valle. Hay cierta conmoción en el hogar del carrionés, una pequeña conmoción a escala familiar, que nada tiene que ver con las conmociones nacionales, políticas y militares.

Antonio del Valle y su mujer Práxedes Rodríguez, esperan un hijo: está entrando en agujas Francisca Javiera del Valle.

Esta comparación ferroviaria, no la he elegido caprichosamente, he querido ponerme a tono con la Francisca del Valle agonizante, moribunda 74 años más tarde en el Convento de las Carmelitas de Carrión, cuando decía: "Aún no me dán salida".

Vamos a seguir la vida de esta Francisca del Valle, 74 años viajera de extrañas y difíciles rutas.



El día 9 de diciembre, Francisca fue bautizada por D. Jacinto Puertas, en la Iglesia Parroquial de S. Andrés, de Carrión de los Condes. Tenía dos hermanos: Aniceto y Juliana, hijos del primer matrimonio de su padre, Antonio del Valle.

Quando estuvo en edad escolar, la pequeña Francisca, asistió a la escuela y demostró ser avispada y de fácil memoria. A los seis años leía incluso manuscrito, recitaba de corrido el catecismo y la Historia Sagrada, y sabía de memoria numerosas oraciones. Tan bien lo hacía, que muchas veces las comadres de Carrión se paraban en la calle para pedir a Paquita, chiquita y menuda, en edad y en estatura, que les recitase tal o cual oración, tal o cual fragmento del Catecismo o de la Historia Sagrada. Incluso llegó a ganar a los 6 ó 7 años un Concurso extraordinario de Catecismo, convocado por el Ayuntamiento.

Había ya una precoz inclinación de Paquita por lo religioso. Ella misma nos confiesa que tenía mucha menos afición por la Aritmética, la Geografía o la Gramática.

En 1865, a los 9 años de edad, relativamente pronto para las costumbres del siglo pasado, Paquita recibe la Primera Comunión.

De esta primera infancia de Francisca, merecen citarse unos recuerdos que comenta en sus escritos y que ella llama "sus niñerías".

Quiero referirlas, para dejar patente esta precoz inclinación de Francisca-niña a lo religioso, que ya he señalado antes, y también por el encanto ingenuo y poético, a lo Marcelino Pan y Vino, que tienen estos infantiles recuerdos.

La habitación de Francisca estaba en el piso de arriba. Encima de su cama estaba, no el Gran Cristo de Marcelino, sino un cuadro de la Virgen y el Niño. También Francisca tenía que subir furtivamente la escalera como Marcelino, para entablar sus misteriosos y secretos diálogos con María y el Niño. Francisca no subía pan, ni vino, sino higos, una de las frutas que más le gustaban.

“Cuando subí arriba —escribe— me hallé con la Santísima Virgen y el Niño Jesús, no en la estampa, sino de veras; yo cuando de veras les veía, sentía una alegría que yo no puedo explicar y en seguida de verle dije: “Sal, rico, mira cuantos higos te traigo; tómales todos para tí”; con la boca y la mano derecha me dijo que no los quería, yo me eché a llorar porque no los quería coger. Entonces díjome la Santísima Virgen: “No llores hija mía; baja y da estos higos a tu madre y los que ella te dé, traélos que nos serán muy agradables””.

Lo que Francisca cuenta en estas “sus niñerías”, tan frecuentemente repetidas ¿fue realidad o sueño, fue verdad o infantil confusión imaginativa? Los sicólogos afirman que en esta primera infancia, los niños son incapaces de separar el mundo de la realidad del mundo de la fantasía. Y en las propias palabras de Francisca hay una muy significativa. Ella dice al Niño “sal”, lo que hace suponer que le veía dentro del cuadro y tal vez la viveza de su imaginación de niña ponía lo restante.

Por lo demás Francisca se comportaba como una niña normal, tenía amigas, jugaba con ellas, acompañaba a las mayores a coger agua con un pequeño cantarillo, aunque de vez en cuando, hacía estas extrañas escapadas, encerrándose en su cuarto, dejando a su madre, con frecuencia, perpleja y sorprendida.

— o —

A los 11 años, deja la escuela y se inicia en la costura, en el mismo taller donde trabajaba su madre.

“Eramos cuatro mujeres y tres hombres —escribe—. Todos eran jóvenes, pero tenían doble de edad que yo; en tiempo de vela tenían

costumbre de merendar todos juntos cuando volvían al taller; yo los primeros días no fui con ellos y dieron quejas los oficiales a mi madre; con este motivo dijo mi madre que yo fuera también con ellos, hasta entrar a velar, y cuando juntos todos merendaran, que yo también lo hiciera, porque en un taller decía mi madre, si todos no están unidos es un infierno”.

A partir de entonces, Francisca se unió a la vida normal de las chicas de su edad, salía con amigas e incluso asistió a los bailes del pueblo. Y en sus escritos, no manifiesta que esta época pese de alguna forma sobre su conciencia; quizás es excesivo el rigor de su biógrafo el P. González, cuando dice: “Es indudable que Francisca había dado algunos pasos atrás en la senda de la virtud. De continuar así, hubiera como otra Teresa de Jesús, opuesto serios obstáculos a los designios que el Señor tenía sobre ella”.



En el año 1874, ocurre un hecho que tendrá gran transcendencia en la vida de Francisca. Para ella supone un hito espiritual.

Corrían vientos republicanos en España, con ese sorprendente “modus ibericus” de entender la República como iconoclasia y anticlericalismo. Era Gobernador de Palencia D. Ventura Merino, de Villada, y los republicanos, en una de esas reacciones inconcebibles, pero, desgraciadamente, españolas, entraron, según el P. Marcelino González en la Iglesia de la Compañía, según el opúsculo inédito de D. Julio Ruiz sobre Francisca del Valle, en la Iglesia de Santa Marina, sacaron bárbaramente una imagen de la Virgen y la arrastraron por las calles.

Este hecho, que naturalmente indignó no sólo a los católicos palentinos, sino a las personas medianamente cívicas de Palencia, tuvo también su repercusión en Carrión de los Condes, donde se organizaron actos marianos de desagravio. Francisca, que era muy devota de la Virgen, asistió a ellos, particularmente impresionada por el hecho sacrílego, y deseosa de reparar la falta de alguna forma, hizo en aquel memorable 16 de junio la ofrenda íntegra a Dios, de su persona.

Desde entonces abandona diversiones y amigas y se polariza de forma exclusiva en sus deseos de unión con Dios.

Recordando la tarde en que dejó a sus amigas para ir a buscar un libro espiritual que le iba a proporcionar su confesor dice: “¡Oh y quién me había de decir a mí que aquel dejarlas iba a ser para siempre! ¡Con lo que yo las amaba!”.

Fueron varios los sacerdotes y jesuitas, que en diferentes épocas dirigieron espiritualmente a Francisca: el P. Agraz, D. Pedro Sánchez, D. Higinio Blanco, D. Laureano Ruipérez, D. Félix Merino, el P. Cristóbal, el que dudó de la verdad de sus hechos sobrenaturales, el P. Ibeas, el verdadero artífice espiritual de la carrionesa, los padres Fernández, Aramhuro, Muruzábal, Seisdedos y en los últimos tiempos el P. Pérez, con fama de santo varón.



En 1880, es decir, a los 24 años, abandona su taller y comienza su trabajo en el Costurero de los Jesuitas del Colegio del Sagrado Corazón. Luego, al cerrarse el Colegio y abrirse el Noviciado, se traslada el Costurero a la antigua fonda, donde residían las familias de los colegiales, durante sus visitas. Cerrado el Costurero de la Fonda, se instaló una Escuela Apostólica, al frente de la cual estuvo Francisca hasta 1918.

A partir de este momento, Francisca abandona la costura y se transforma en hortelana. Trabaja en una huerta propiedad de doña María Ballesteros, donde la vimos recibir la visita de don Francisco del Valle y don Celestino Bahillo.

Hacia el año 23, se refugian en Carrión unas religiosas mejicanas, las Jerónimas, que vienen huyendo de la Revolución de Carranza, de aquellas terribles persecuciones religiosas y matanzas que constituyen la llamada “Decena trágica”. Convive con ellas durante un año en una casa propiedad de doña María Ballesteros, que las presta asilo y ayuda; la misma casa en que ahora viven las Carmelitas descalzas de Carrión.

Por estas épocas, sin que haya podido precisar la fecha exacta, intenta acompañar a otras religiosas mejicanas refugiadas también en España, que volvían nuevamente a su patria. Francisca quiere ir a Méjico buscando el martirio. Se pone en viaje, llega a Gijón, pero allí se encuentra con la inesperada sorpresa, de que las religiosas han adelantado el viaje y la han quedado en tierra.

Cuando las Jerónimas mejicanas de Carrión piensan retornar a Méjico, intenta nuevamente acompañarlas, pero la disuade su confesor de entonces, el P. Nazario Pérez.

Y en 1930, unos días después de que las religiosas Carmelitas se hubiesen instalado en la casa que antes ocuparan las Jerónimas, en el actual Convento de Carmelitas, aproximadamente donde ahora está situado el Coro de la nueva Capilla, a los 74 años de edad, en el crepúsculo de un frío 29 de enero, el espíritu de la pobre Francisca, voluntaria y obstinadamente pobre, se desposeyó de su último bien: la vida.

Está enterrada en Carrión. En el ataúd de Francisca, hay un frasco de cristal en el que se guarda, en letra de don Daniel Asensio, Capellán de las Carmelitas, un papel que dá fe de que aquellos restos son los de Francisca.

— o —

Es verdad cierta, que en la vida de Francisca del Valle, hay una serie de aspectos de similitud teresiana: su deseo de martirio, sus primeros años juveniles de menor intensidad religiosa, su época de "noche oscura", de terrible sequedad y combate en la fe, sus escritos ... y sus místicas experiencias.

A través de la versión franciscana del Padre Marcelino González y de los rasgos de Francisca que acusan en sus palabras las personas que la conocieron, hemos podido irnos forjando un retrato-robot de Francisca del Valle, al cual quiero aportar otras pinceladas.

— o —

Una tarde me rodeé de los retratos que he podido encontrar de Francisca y de sus manuscritos.

Se conservan varias fotografías de la carrionesa. Yo he podido hacerme con la que incluye el Padre Marcelino en su biografía y otras tres. La primera, es de los últimos años de Francisca, un retrato de medio cuerpo, de una viejecita desdentada, envuelta en un mantón que oculta las manos, que aún demuestra su energía en la









8

7



Silabario de la Escuela Dribina.

Ubi a ablar del silabario que se da en esta Escuela, que no es otro, que la practica de la vida interior; y asi como bien a poco se da el silabario que deniños dabamos en la Escuela, nay ando se cupre cosa facil, el saber leer camperesian en cual quera abo libro, asi con este silabario, puesto en practica cuanto en el se encuentra sellega a consejir, la Santa, si Caridad, muestra alma; carrera la may brillante que podemos emprender, y adquirir en esta vida. Y estas carreras, hay que irse a caban y lo que sea, cuando a caban y terminan el trabajo, al punto siguiente, mas esta muestra brillante carrera, ademas de lo tanto de sus brillantes, mentes, es la Div, que notamos en

yo, me abia propuesto de civas todo cuanto a que se pudiese en esta Escuela Dribina, pero en tanto... tanto... que decir, que me da idea de la vida para la vida, y no abia concluido de decirlo quedo; asi, que en pocas de por la propia presencia, que lo que sea, ari falta para adquirir la santa vida. Que de nuestra alma, es aprender bien este silabario, y ari lo mejor que podamos y separar todo cuanto en el se encuentra, no es de gozar, por que por la propia presencia, ari de saber todo cuanto se sabia de decir, y no me acordais como cuando se me da la Escuela. Como notamos en amor, lo que se ama, desciende del mismo. Mas esto, que tan bien en esta Escuela de vida no la sabemos, todas, nada mas, bueno, ari de la vida, que no tenemos el Subicio del Señor, y con un poco de trabajo, y ari de la vida, es una funcion de la Maestros, que si adelantaban, o atrasan, y si lo que se acri, o de decir, es una funcion de la Maestros, que



expresión fruncida de sus cejas. Otras dos, también de una Francisca anciana; en una descansa después de comer junto a un doméstico gato, en esa actitud que en Castilla se llama "quedarse traspuesta" y en otra está dedicada a las faenas caseras de limpiar legumbre en un gran cedazo.

Pero la fotografía que es realmente expresiva de su personalidad es una, en la que representa una edad un tanto indefinida, pero comprendida alrededor de los 40 años.

Está vestida, como siempre, con su sotana y esclavina negras y jesuíticas y un pañuelo de seda también negro a la cabeza. Lleva raya en el centro del cabello, ese cabello que ella dice era largo, de una vara, que se adivina recogido en la nuca con un moño. Los ojos son pequeños, negros, separados, hundidos y un poco oblicuos. La nariz larga y afilada, de orificios poco dilatados y la boca apretada, hasta el extremo de producir un fruncimiento en las comisuras, la mandíbula inferior fuerte y enérgica.

Los morfo-sicólogos la incluirían entre los tipos de retracción, con los llamados vestíbulos sensoriales (ojos, boca, nariz) abrigados, es decir, retraídos, cerrados a la penetración del medio. Es un rostro que indica voluntariedad, tensión, obstinación, poca influenciabilidad, energía. Sólo la mano derecha, descansando sosegadamente, pone una nota de distensión en el conjunto; y en la izquierda, sin acabar de encajar con la expresión enérgica de Francisca, una paloma cándida y blanquísima. Al dorso de la fotografía se lee, que la paloma se posó espontáneamente.

Estudiando los manuscritos de la carrionesa, se anotan deducciones evidentes: su letra es clara, medida, de igual tamaño, de idéntica inclinación. Revela su espíritu disciplinado, metódico, ordenado, contenido. No hay rasgos más nerviosos que otros, que acusen la emoción incontrolada. Todas las íes se puntúan y las oraciones y las pausas se separan, con comas o punto y coma o puntos suspensivos (rara vez usa el punto y seguido, incluso en el punto y aparte utiliza punto y coma). Pero los errores de puntuación, como sus constantes faltas de ortografía, como su separación silábica defectuosa son ignorancia gramatical, no suponen en absoluto falta de orden mental.

En uno de sus folios, en el que se lamenta de una inesperada ingratitud, recibida de los Hermanos de la Compañía y que aunque era de poca monta a ella le causó una gran impresión, escrito sin duda al poco tiempo de ocurrirle, su letra es menos igual, hay rasgos más

cargados de tinta, más gruesos, letras desiguales que revelan (y es un agradable hallazgo) que Francisca también era humana.

Y así, guardando "in mente" esta pintura morfo-sicológica de la carrionesa, vamos a enfrentarnos con sus escritos.



La mayor parte de los escritos de Francisca, aquellos que muy bien pudiéramos agrupar bajo el nombre general de "Escritos de su Vida", están en forma epistolar, dirigidos al Padre Hipólito Ibeas, su director espiritual. Son referencias personales y biográficas, tomadas por el flanco de su trascendencia espiritual o apuntes espirituales, exposición de ideas y modos de entender tal o cual virtud, un atributo divino, la forma de progresar en la perfección, etc.

Estos escritos que hemos llamado de su vida, de forma epistolar, han sido los utilizados por el P. Marcelino González para realizar su "Vida de la Sierva de Dios, Francisca Javiera del Valle", editada en 1932 y reeditada en 1942.

También y utilizando la misma fuente, don Julio Ruiz, actual párroco de Las Cabezas de S. Juan (Sevilla) compuso un opúsculo inédito, que ha tenido la amabilidad de enviarme.

Otro grupo de escritos, ya no epistolares, ya no dirigidos al Padre Espiritual y que la propia Francisca tuvo, en vida, intención de publicar, lo constituye su "Decenario al Espíritu Santo", oraciones y meditaciones sobre este tema, por el que Francisca sentía una afición particular. Este Decenario, sin embargo, no fue publicado hasta 1932 en Salamanca y reeditado por Rialp en la Colección Patmos con el número 35 en 1961, con prólogo de Florentino Pérez-Embid.

Y finalmente, inéditos, quedan abundantes manuscritos de Francisca, que constituyen su "Silabario de la Escuela Divina" y que publicará en su momento la Tello Téllez de Meneses. El Silabario es un camino de perfección, en el que se insisten en muchas de las ideas del Decenario.

Hay también unas escasas muestras de una Francisca del Valle poetisa, que despertaron sobre todo mi interés, por la variedad de estrofas utilizadas; he tratado de descubrir, siguiendo la pista de las posibles lecturas de Francisca, el lugar en donde ella se ilustró o conoció estas variedades estróficas.

Algunas de estas poesías, fueron publicadas en la biografía del Padre M. González, otras, inéditas, estaban en poder del que fue párroco de Magaz, don Lorenzo García, que conoció a Francisca del Valle y cuya sobrina, Barbarina Salvador, me las ha cedido amablemente. Y en fin, espigando entre sus numerosos manuscritos, he encontrado otras más, que incluiré en la publicación de los escritos inéditos de Francisca.



La primera reacción del que descubre de golpe, esta faceta literaria, de prosista, ascética y mística, y poetisa "a lo divino", en una humilde, inculta y apenas instruída costurera, es de asombro. Indudablemente estamos ante una personalidad humana interesante y distinta, abiertamente, de los tipos femeninos carrioneses de su época y de su ambiente. Incluso sin juzgar la calidad de lo escrito, ya es asombroso una mujer rural como Francisca, que nos lega al fin de su vida, unos cientos de folios, escritos con esa letra medida e igual que antes comentábamos, y que debieron consumir muchas horas de su vida, incansable en el arduo trabajo de dar expresión escrita a sus ideas, junto a una luz mortecina.

Sin embargo, no puedo sostener la postura milagrera de los que creen que esta facultad de Francisca, es inexplicable naturalmente y se entiende sólo como una infusión sobrenatural de ciencia.

Para mí tiene Francisca escritora, el aliciente de una personalidad interesante y distinta, pero perfectamente explicable por razones y argumentos naturales.

Mi explicación del fenómeno literario llamado Francisca del Valle es el siguiente:

Voy a enumerar primero las razones que en principio se oponen a mi teoría, es decir, a la explicación natural del fenómeno literario de Francisca del Valle y después, intentaré convencerles a ustedes de que no es preciso acudir al milagro para encontrar una argumentación convincente.

Veamos unos hechos objetivos:

1.º Francisca del Valle tuvo, como saben, una escasa, elementalísima preparación escolar. Ella misma nos dice que a los 11 años salió de la escuela para empezar a trabajar en el taller de costura.

Todos tenemos perfecta idea, de lo que supone esta instrucción primaria que recibió en la escuela de Carrión.

2.º Salvo pequeñas escapadas a Palencia y a Gijón, en algunas visitas a su protectora doña María Ballesteros, en su quinta asturiana, no salió de Carrión, incluso estuvo 15 años sin cruzar el puente que une la zona de S. Zoilo con el resto del pueblo, por cumplir una especie de voto de clausura, que reducía sus posibilidades de salida, al ámbito en que transcurría su vida: su casa, el costurero, S. Zoilo. Careció por tanto, de ese conocimiento vital, que en ocasiones suple los estudios, del que viaja mucho y tiene ocasión de adquirir experiencias que le maduran humanamente y le forman.

3.º Incluso en su vida de Carrión, vivió en soledad, sin amistades ni tertulias habituales, ni conversaciones vecinales, que aunque no sean medios muy ilustrativos, sí al menos pueden ayudar a desarrollar ciertos conocimientos, incluidos los de gramática parda.

Y ahora lo sorprendente:

Con todo esto, Francisca escribe folios y más folios. Su tema es único y obsesionante: Dios y la perfección. ¿Cómo lo hace?

Prescindiendo del modo, que la mayor parte de las veces resulta reiterativo, o de sus incorrecciones sintácticas o morfológicas (lais-mos, anacolutos, vulgarismos) sorprende, al menos a mí me ha sorprendido, en dos aspectos o puntos importantes: 1.º En la clara y precisa descripción de sus fenómenos místicos, tema de por sí propicio a la confusión, a la ambigüedad, a la oscuridad y cuya descripción presupone, exige, un esfuerzo introspectivo, un auto - análisis psicológico. Vean como describe Francisca alguna de sus experiencias sobrenaturales.

“De repente, siento con una fuerza grande lanzarse mi alma a Dios, siento que parece que han atravesado mi corazón con fuego, y de este fuego parece se desprenden estos suspiros, a la manera que de una hoguera se ven desprender las chispas; al mismo tiempo siento también una luz clarísima que parece inundar de luz mi entendimiento, y con ella parece ve delante las perfecciones de Dios; con esto parece que mi alma se enciende toda en amor de Dios, y cuando así está mi alma en amor de Dios encendida, siento que a mi alma la hizo y la cogió presa de su amor, y además de sentirlo, darme el mismo Señor a entender, que así es, que presa de su amor me ha hecho, y cuando siento que presa el Señor hace a mi alma, siento también que no está mi entendimiento entendiendo con la luz que al principio de esto recibió y ya dejó dicho, sino que le dan cosas a en-



tender, que si las entiendo es porque a entender se las dan, que si no, no entendiera jamás, por mucha luz que tuviera; él está lleno de luz, a él le dan a entender tantas cosas de Dios, y sin embargo Padre, de ser así, parece se halla a oscuras y sin entender, y dame el Señor también a entender que entiendo y veo como le ha de ver y entender después que deje esta vida. Mas yo cuando vuelvo en mí, nunca ví que más haya entendido, y cuando me pongo a pensar sobre aquello que entendí, nunca me hallé que más haya entendido, siendo así que nunca he sabido más”.

Quizás piensen que no resulta tan claro. Es que el tema es difícil, y jugando a los opósitos, podríamos definirlo como una “clara oscuridad”.

El tema que trata aquí Francisca es el mismo de las “Coplas sobre un éxtasis de alta contemplación”, de S. Juan de la Cruz.

Entréme donde no supe  
y quedéme no sabiendo  
toda ciencia trascendiendo.

Yo no supe donde entraba  
pero cuando allí me ví  
sin saber dónde me estaba  
grandes cosas entendí.

No diré lo que sentí  
que me quedé no sabiendo  
toda ciencia trascendiendo.

Este saber no sabiendo,  
es de tan alto poder,  
que los sabios arguyendo  
jamás le pueden vencer;  
que no llega a su saber  
a no entender entendiendo  
toda ciencia trascendiendo”.

Y en otra ocasión Francisca dice así:

“Estoy en mi soledad y de repente siento un sentir tan grande la humanidad de Cristo, y esta humanidad gloriosa yo no la veo ni con los ojos del alma, ni con los ojos del cuerpo, ni con la imaginación, ni con nada; yo no la veo, pero la siento, y en este sentirla, quedo con tanta seguridad que es la humanidad de Cristo gloriosa, como si con los ojos del cuerpo la viera; al mismo tiempo siento que me toca, y no con una mano, ni con un pie, ni con ninguna otra cosa, y no en alguna parte de mi cuerpo, sino en el centro de mi alma,

en lo más sustancial que pudiera haber en ella, y nadie me la hace sino la Divinidad de nuestro Señor Jesucristo, y con nada me toca sino con su Divinidad; al sentir este toque, todo mi ser siente un ímpetu grandísimo, y todo mi ser lánzase a él con la prontitud y la ligereza de un rayo; porque aunque el toque fue solamente hecho a mi alma, todo mi ser le sintió y al sentir este ímpetu, este lanzarse todo mi ser a El, siento en mi entendimiento una luz clarísima con la que veo las perfecciones de esta humanidad de Cristo gloriosa; con el conocimiento de estas perfecciones, siente mi espíritu una fuerza de amor, no como la que otras veces siente, que el espíritu y el cuerpo se quedan en gran reposo y quietud, sino que este parece amor activo, y por medio de esa actividad se hace ese amor comunicativo, y por medio de esa comunicación de amor que el espíritu hace a todo mi ser, quédase mi cuerpo sin aquella pesadez propia que tiene siempre y en todas las cosas para seguir al espíritu y le sigue con tanta agilidad, que al lanzarse el espíritu a Dios, enamorado de sus perfecciones, síguele el cuerpo y siéntole marchar tras él con la ligereza que marcha una pequeña pluma por los aires cuando andan fuertes vientos y entonces ni sentada, ni echada, ni de ninguna manera, ni aún agarrada puedo detener al cuerpo que marcha tras el espíritu”.

Teresa de Jesús describe así este arrebató del espíritu:

“Esto no es visión intelectual, sino imaginaria, que se ve con los ojos del alma, muy mejor que acá vemos con los del cuerpo, y sin palabras se le da a entender algunas cosas”, o en otra ocasión dice la Santa: “Que no sé por dónde ni cómo oyó el silbido de su pastor, que no fue por los oídos que no se oye nada, mas siéntese notablemente un encogimiento suave a lo interior”. Y con su habilidad y grafismo para las comparaciones dice Teresa: “Estaba pensando ahora si sería que en este fuego del brasero encendido que es mi Dios, saltaba alguna centella y daba en el alma, de manera que se dejaba sentir aquel encendido fuego”.

He querido darles una pequeña muestra, comparada con San Juan y Santa Teresa, de las acertadas descripciones de estos hechos extraordinarios, que coinciden con el modo tradicional de nuestros grandes místicos del siglo de oro.

El segundo aspecto sorprendente es la sutileza de pensamiento que emplea Francisca al hacer una serie de matizaciones y distinguos, en el terreno de la ascética y en ocasiones diríamos de la teología: por ejemplo en el Decenario, se esfuerza por aclarar las diferencias entre la mortificación y la penitencia, dos conceptos que en la experiencia religiosa vulgar se identifican:

“La penitencia sola no santifica; la mortificación continuada hace grandes santos; con la mortificación continuada se consigue morir a sí mismo en todo... es el continuado vencimiento en todo”.

O la diferencia que trata de establecer, en uno de los manuscritos dedicados al P. Ibeas, entre las verdades adquiridas por ejercicio del entendimiento y las “noticias” como ella las llama, recibidas por infusión extraordinaria de Dios.

Estos eran los dos aspectos sorprendentes de Francisca. Y ahora voy a tratar de explicarles por causas naturales.



Francisca era poco ilustrada, pero no incapaz. De sus experiencias escolares sacamos la deducción de que era avispada, de fácil memoria y con una predisposición, precoz hacia lo religioso. Con estas cualidades naturales, sumen Vds. 74 años de vida totalmente absorbidos, por una exclusiva inquietud: Dios y su perfección. Y como medios utilizados por Francisca en ese proceso interior, hablo de medios naturales, que expliquen sus conocimientos teóricos de la escética, de las verdades de fe, etc., están sus lecturas.

¿Pero es que Francisca leyó algo?

Tomando como referencia, alusiones concretas a determinados libros, que ella hace en sus escritos o sacando deducciones de las materias tratadas en sus escritos y del parecido con ciertos libros de presumible lectura de Francisca, a través de los Jesuitas de S. Zoilo, he sacado relación de las lecturas seguras y posibles utilizadas por ella.

Indudablemente el Nuevo y el Antiguo Testamento. De los dos tiene citas y comentarios en sus escritos.

Obras de S. Juan de la Cruz completas, que se sabía de memoria.

Camino de Perfección, de Teresa de Jesús, como segura y con bastantes probabilidades las Moradas y el Libro de su Vida.

La Imitación de Cristo, de Tomás de Kempis.

Los ejercicios de S. Ignacio y sus principales máximas ascéticas. La parte primera del Decenario con la meditación de la caída de los ángeles es de corte ignaciano.

La vida Devota de S. Francisco de Sales, dejada por D. Pedro Sánchez, presbítero.

Por su aprecio especial a S. Pedro Alcántara, pienso que debiera conocer el Tratado de la Oración y Meditación, algunas de cuyas ideas coinciden con su Exposición del Decenario.

La Vida del P. Baltasar Alvarez, del P. Lapuente y por el parecido con los temas que trata, sobre todo en sus descripciones de Dios, las Meditaciones del mismo autor.

Fue lectora de la publicación católica llamada "El Siglo Futuro", sobre todo de las Hojas del calendario, en las que frecuentemente firmaba el que se nombraba Chafarote.

La influencia de S. Juan y Sta. Teresa la han podido Vds. comprobar en los textos propuestos, que son un simple ejemplo.

La propia Vida de Francisca y sus expresiones repetidas en defensa de su soledad, de su amada soledad, son como una glosa encarnada de aquella lira de S. Juan de la Cruz:

En soledad vivía  
y en soledad ha puesto ya su nido  
y en soledad la guía  
a solas su querido,  
también en soledad de amor herido.

Piensen en una mujer obsesionada desde niña con lo religioso, lectora, degustadora, en las horas de soledad de su casa, de estos libros, hasta el extremo de saberse algunos casi de memoria, como el de S. Juan de la Cruz, almacenando en su memoria ideas leídas u oídas también en sermones y en su propia dirección espiritual y díganme honradamente, si es preciso recurrir al milagro para explicarse sus obras.

Por otra parte, hay un hecho que nos muestra una cierta predisposición o facilidad literaria en Francisca, es su aspecto de poetisa, del que pretendemos hablar con algo más de detenimiento.

Entre las poesías de Francisca y seleccionándolas por la forma, he encontrado las siguientes:

Coplas de arte menor de dos, tres y cuatro rimas, que con preferencia siguen el esquema: abbaacca,

Son un ejemplo las siguientes:

Es propio de la Bondad  
 querer dar de lo que tiene  
 mas como no existen seres  
 a quien podérselo dar  
 hace a Dios pujanza tal  
 este atributo divino,  
 que la Trinidad convino  
 criar en ser racional.

————— o —————

A Dios nada le faltaba  
 gloria y grandeza tenía  
 sin temor de que algún día  
 algún ser se lo robara  
 y porque no existió nada  
 El sólo era el que vivía  
 la gloria en sí la tenía  
 como una fuente que mana.

————— o —————

También tiene seguidillas, de las que son una buena muestra  
 las que leo a continuación:

Yo no quiero buscarte  
 por tu hermosura  
 ni tampoco quererte  
 por tu dulzura.

Si quieres que yo viva  
 en este suelo  
 con la misma alegría  
 que allá en el cielo,  
 dáme que viva

en amor abrasada  
y consumida.

Dáme Jesús querido  
que desde hoy viva  
sin cesar un momento  
de amor herida.  
Siempre sufriendo  
que es el Tabor glorioso  
de mi destierro.

Un romance en el que habla de la creación del hombre y que pertenece a un tema común en el que utiliza otras estrofas:

Y aquel saber infinito  
con tales rasgos trazó  
las perfecciones del hombre  
tan semejante a Dios  
que a imagen tan acabada  
en un ser que no era Dios  
no pudo el saber divino  
añadir más perfección.  
Tan perfecto salió el hombre  
de las manos de su Dios  
que el mismo Dios se gloriaba  
viendo tanta perfección;  
miraba Dios las potencias  
que el alma del hombre dió  
y se vió como copiado  
en el hombre el mismo Dios.

También coplas endecasílabas de rima asonante:

Tuya soy Jesús mío para siempre  
pues para siempre a Ti me he consagrado,  
¡qué puedo apetecer, Dueño adorado,  
después que me unió a Tí lazo tan fuerte!

Si para amarte sólo fui criada  
por qué dejada en libertad estoy  
¡Ay que soy hija de aquella triste Madre  
y de su sangre inficionada estoy!

Unas estrofas que, con alguna imperfección, recuerdan la rima de las décimas, pero sin el verso final:

Dios no puede tener cuerpo  
 esto, bien claro se ve;  
 no me lo dice la fe  
 lo veo; porque explicado  
 la razón lo ve tan claro  
 que nada me hace dudar  
 que abarca la inmensidad  
 este ser tan soberano.

Otras coplas, que exceptuando la asonancia, reproducen el esquema de las octavillas italianas:

Las mismas eternidades  
 siempre dentro de El vivieron  
 y vida de El recibieron  
 pues El fue quien las formó  
 nunca de esto se extrañaron  
 allá las eternidades  
 porque todas cierto saben  
 que antes de ellas existió.

Y en fin, en una hoja carcomida y rota, parte de unas coplillas hexasilábicas, con tema de Navidad, sueltas y fáciles:

Tan pobre este niño  
 tan pobre será  
 que quiso nacer  
 en este portal.

Y tiene una cosa  
 tiene un no sé qué  
 que el alma no quiere  
 separarse de El.

Nunca placer tuve  
 ni gozo mayor  
 que cuando le dí  
 toda cuanto soy.

Y cuanto le des  
corresponde él  
¡Qué será este niño  
con tanto saber!

Cómo es que me dice  
lo que he de hacer  
para ser feliz  
si lo quiero ser.

¡Qué será este niño  
de tanto entender!  
¿no perderá el juicio  
de tanto saber?

El juicio a perdido  
no por su saber  
fue por el amor  
que quiso tener.

¿Cómo tan pequeño  
aprendiste a amar  
y ya enloquecido  
de amores estás?

————— o —————

Buscando fuentes para todo este saber métrico de nuestra costurera y partiendo del dato conocido de sus lecturas detenidas de S. Juan de la Cruz, hemos de pensar que éste es el primer contacto de Francisca con la poesía.

La forma de las coplas de Arte menor, la conoció Francisca sin duda, en aquellas "Coplas a lo divino", del místico abulense: "Tras de un amoroso lance".

Las seguidillas, es decir la combinación métrica de 7 y 5, sin pensar en algunas otras que ella pudo conocer, como luego diremos, las pudo descubrir también a través de S. Juan, en aquellos misteriosos versos, en aquel "desasosegante, sombrío, extraño, impresionante poema", en el decir de Dámaso Alonso:

Que bien sé yo la fonte, que mana y corre  
aunque es de noche.



También descubriría el endecasílabo, en los poemas de Arte mayor de San Juan.

Los esquemas imperfectos de las décimas de Francisca, tal vez fueran imitación de una décima recitada por ella seguramente con frecuencia: "Bendita sea tu pureza...".

¿Y las restantes formas poéticas?

Según afirma el P. Marcelino González, Francisca leía el periódico llamado "El Siglo Futuro"; no es que ella estuviese suscrita, sino que llegaba a sus manos a través de los jesuitas de S. Zoilo. E incluso podemos presuponer que leía números atrasados, tal vez hojas sueltas que antes habían cumplido la misión de envolver tal o cual paquete.

"El Siglo Futuro", comenzó a editarse en 1875 y llegó hasta el año 36... Era un periódico de corte carlista, que se llamaba a sí mismo "diario católico", y lo era a machamartillo, de una línea conservadora e integrista. Fue fundado por D. Ramón Nocedal y Romea y dirigido más tarde por el ex-senador Manuel Senante. En él colaboraron una serie de políticos y senadores anti-liberales y de escritores que seguían la línea ideológica del periódico, entre los que se cuentan algunas firmas conocidas en la Literatura, tales como Tamayo y Baus, Francisco Navarro Villoslada, Agustín González Amezúa ...

El periódico publicaba los dimes y directes propios de las políticas de partidos, muy pocas noticias internacionales, información nacional, un gran espacio dedicado a temas y noticias religiosas, entre las que se incluía las Hojas del Calendario de Chafarote, seudónimo que encubría la personalidad de D. Juan Marín del Campo, y que eran unos variados comentarios religiosos que a veces glosaban un texto evangélico o comentaban una fecha determinada e importante en la historia de la Iglesia o una publicación católica, etc.

Otra sección del periódico era la publicación de una novela por entregas, novela de reconocida moralidad y sin ningún asomo de escabrosidad.

Y, en fin, había en el "Siglo Futuro" un espacio, un pequeño espacio dedicado a la poesía. Suelen ser poesías de matiz político, que utilizan generalmente metros populares.

¿Qué leía Francisca del Valle de toda la mezcolanza que servía "El Siglo Futuro"?

A Francisca no le importaban de seguro, ni las noticias internacionales que servía el periódico, ni las quisquillosidades de los

diputados, ni por supuesto, los Folletines que, por entregas, ofrecían obras del Cardenal Wiseman, de Dickens, de Pérez y Pérez, de Fernand Cooper, del P. Coloma, de Trueba, de F. Caballero, de Enrique Gil, del P. Risco, etc.

Pero si leería las Hojas del Calendario de Chafarote por su temática religiosa y, sin duda, por su inclinación poética se fijaría en los versos publicados, que en ocasiones le brindaron la forma de algunas de sus poesías; así las seguidillas, los romances, las coplillas hexasilábicas que ella usa, las encontramos en la sección poética del periódico.

Esas octavillas italianas asonantadas, que responden al esquema: 1.º y 5.º libre, 4.º y 8.º en agudo y con rimas independientes 2.º y 3.º y 6.º y 7.º, que utilizó Francisca, es posible que tuvieran el mismo origen. No he visto la totalidad de la Colección del "Siglo Futuro", sino unos cuantos ejemplares, amablemente cedidos por el ilustre canónigo palentino D. Antonio Hijosa, a quien tengo que agradecer muy de veras, sus inapreciables informaciones y su generosa ayuda.

De esta forma queda explicada la variedad estrófica utilizada por Francisca del Valle. Sus fuentes fueron las poesías tradicionales de S. Juan de la Cruz y la sección poética del "Siglo Futuro".

————— o —————

Y hasta aquí, he intentado presentarles a Vds. aspectos diferentes de Francisca del Valle: su biografía, su retrato morfo-sicológico, su calidad de escritora, en una palabra, su personalidad interesante y distinta, que se separa de los rasgos propios de la mujer rural de su tiempo. Aspectos de la personalidad humana de la carrionesa.

————— o —————

Todavía cabe un último acercamiento a Francisca del Valle, un acercamiento más íntimo y más comprometido. Voy a llegarme a la Francisca del Valle con fama de mística.

Pero aclamemos mi modo de aproximación. Analizar profundamente el fenómeno místico de Francisca del Valle es obra de exper-

tos, de un equipo de teólogos, de moralistas, de médicos y de sicólogos. Yo no lo soy. Sin embargo, cabe un acercamiento a la Francisca mística, desde el ángulo sencillo del hombre medio, desde el flanco del cristiano normal. Así me he atrevido a explicarme, el fenómeno místico de Francisca Javiera del Valle.

Lo primero que me llamó la atención en la concepción religiosa de Francisca, fue la casi exclusiva relación Francisca-Dios. Es lo que he llamado "verticalidad" de Francisca del Valle.

Francisca hablaba poco, andaba ensimismada, en su mundo, en sus conversaciones íntimas con Dios. Aparte de los tres votos monacales de pobreza, castidad y obediencia, hizo un cuarto voto: soledad.

No es nuevo en la Historia de la Iglesia este deseo de apartamiento, de eremitismo, manifestado por algunos hombres de vocación excepcional. Y utilizo el adjetivo "excepcional", en su primera acepción: "lo que se sale de la norma común", si tomamos por norma, la mayoría de las vocaciones cristianas y sobre todo aquellas palabras de Cristo: "No te pido que los saques del mundo, sino que los guardes del mal".



En el comentario que hace Francisca a su Padre Espiritual, de este cuarto voto de soledad, se lee lo siguiente:

"Dios sólo sabe lo que es para mí esta soledad bendita, donde todo mi ser goza de una gloria anticipada; así que Padre, el trato, aunque sea de un momento con las criaturas, me pone en grande desconsuelo y aflicción, y esto aunque hable con personas espirituales y aunque la conversación sea de Dios".

Y añade después:

"Y así he de confesarle, Padre, que en verdad, en verdad, me cuesta mucho estar al frente del costurero y el estar allí con mis compañeras trabajando... y esto crece y aumenta más cada día, llegando algunos a llorar esto con el mayor desconsuelo".

Y cuando de una manera expresa expone las obligaciones que se ha impuesto voluntariamente para cumplir con el voto de soledad, dice así:

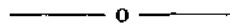
"Por lo que mira al voto de vivir perpetuamente en la soledad, he de observar lo siguiente:

He de vivir de tal manera en la soledad de mi casa, que no saldré

jamás de ella, sino por las tres causas siguientes: 1.<sup>a</sup>—Para oír misa, recibir los sacramentos y la dirección tan necesaria a mi alma. 2.<sup>a</sup>—Para ir a mi taller en los días de trabajo. 3.<sup>a</sup>—Para asistir a las funciones que haya en mi parroquia y las que públicamente tenga la Compañía en este mi querido pueblo. Por lo demás, ni amigas, ni vecinas, ni parientes, ni hermanos, me harán jamás salir de mi amada soledad. Si están enfermos, yo pediré al Señor mucho por su salud espiritual y corporal. Si están para morir, yo le pediré al Señor les dé la muerte del Justo para que sean del número de aquéllos que el Real Profeta David llama Bienaventurados. Si llegan a morir, yo les encomendaré en mis oraciones y pediré al Señor con ayuno y penitencia se digne cuanto antes llevarles a su eterno descanso, donde la luz perpetua los alumbrará. Mas ninguna de estas causas me hará salir de mi amada soledad”.

Sólo admite Francisca una excepción: “Cuando el amor que nos tienes te obligará a castigarnos para nuestro bien y provecho, mandándole a este mi pueblo querido alguna peste o enfermedad contagiosa, en este caso, toda y todo me sacrificaría, para consolar a los afligidos y aliviar en lo que pueda a los enfermos”.

Francisca no profundizó en esa realidad horizontal que hace al prójimo sacramento de Cristo. Las Epístolas de S. Pablo, sobre todo, hacen comprender claramente, que Dios no sólo se nos da de arriba a abajo, por la oración, sacramentos, etc., sino horizontalmente por el prójimo. En Efesios 4-25, dice S. Pablo que en el gran Cuerpo Místico de Cristo, no sólo somos miembros de Cristo, sino también “miembros los unos de los otros”. Y S. Pedro en su Epístola 1.<sup>a</sup>, aconseja: “Que cada uno ponga al servicio de los demás el don que ha recibido, como buenos administradores de la gracia de Dios que es multiforme”.



Tradicionalmente, la ascética ha resumido los ejercicios que debe practicar el cristiano que aspira a la perfección, en las tres famosas vías: la “purgativa” o etapa de la liberación del pecado mediante la penitencia y mortificación, la “iluminativa”, o etapa de oración e iluminación de Cristo y “la unitiva” o culminación en el desarrollo del amor de Dios, místico estado en el que se accede a la “experiencia” de Dios.

Francisca del Valle, aunque reconoce el haber superado el estado inferior de los pecados deliberados, aún leves, se acompaña durante toda su vida o al menos durante gran parte de su vida, de los medios propios de la vía "purgativa", que son la penitencia y la mortificación. Y aún éstos, con un uso radical y extremado, tanto que a espíritus no avezados en estos caminos, y con un concepto distinto de la práctica religiosa, nos sorprenden, a veces nos espeluznan... y en ocasiones nos producen un auténtico rechazo interior.

Así relata Francisca a su padre espiritual, sus extraordinarias penitencias:

"Con mis primeros ahorros, compré unos cordeles, unas sogas, una tabla y seis libras de unas puntas de agreda; con los cordeles hice yo unas cosas a manera de disciplinas, con las sogas me ataba yo y por medio de una lazada que yo con la soga hacía, me subía a unos maderos que había en el desván de la casa, en forma de cruz, y allí me gustaba estar, recordando aquellas tres horas que mi Amante Jesús estuvo crucificado en ella. Otras veces atábame a los maderos del cabello, que lo tenía más de una vara de largo y después que estaba el pelo atado quitaba con los pies la escalera que ponía para subir y me quedaba colgada del cabello.

De las puntas me hacía cuerpos de tela, y los forraba de puntas y me los ponía, porque cilicios de alambre no los siento no me molestaban nada.

En una tabla más corta de media vara, cubierta de estas puntas de agreda, ponía un cordel en cada punta y puesta ésta a la espalda, y un cordel por encima del hombro y otro por debajo del brazo, les subía y bajaba por la espalda. Esto me gustaba más que todo cuanto usaba, porque me gustaba mucho ver correr la sangre de mis venas".

Esta última y terrible afirmación de Francisca del Valle, sería interpretada por cualquier sicólogo como un rasgo masoquista y prueba cierta desviación en su vida ascética. Pensamos que de estos excesos fueron responsables, el rigor y la dureza de algunos de sus directores espirituales.

Quizás alguien piense que no soy quién para emitir un juicio semejante. Al comienzo de este capítulo hice una declaración de principios: mi juicio no es como teólogo, ni como moralista, ni como sicóloga que no soy. Yo sólo me he puesto a entender y a pensar el fenómeno místico de Francisca del Valle, desde mi punto de vista de cristiana media, de mujer y de palentina. Mi interés por Francisca del Valle me ha permitido aventurar ese juicio.

Esta preferencia e intensidad de la penitencia es lo que he llamado “polarización ascética” y “radicalismo”.

Por otra parte, Francisca sigue sorprendiéndonos, al tardar en descubrir tras intensa vida anterior, espectos religiosos que nos parecen elementales.

Fue en una de sus absortas oraciones, cuando sintió que el Señor le decía: “Con nada me agradas más que con el exacto cumplimiento de tus obligaciones; nunca creas agradarme si por darte a la penitencia, descuidas el cumplimiento de tus obligaciones. Ningún acto de devoción por grande y heroico que sea, me agrada tanto como me agrada el más pequeño hecho en el cumplimiento de tus deberes”.

“Desde ese día —añade Francisca poco después— sentí desaparecer una carga que yo tenía y era que como yo deseaba tanto padecer por Dios y amarle continuamente, me era imposible el tener que ir al taller”.

Y en otra ocasión, cuenta como Dios le alecciona sobre la necesidad de tratar con amabilidad a sus compañeras de costurero.

Cuando antes hablábamos de esa “verticalidad” en las relaciones religiosas de la costurera de Carrión: Francisca-Dios y de su extremada valoración de la penitencia, apuntábamos en su descargo, la dureza de sus Directores Espirituales, como también podríamos apuntar en descargo de éstos, toda una manera de época de entender la ascética cristiana, que desprecia al cuerpo como fuente de pecado y corrupción.

Recuerdo la frase de una religiosa de clausura, que resultaba una acertada síntesis de su visión de Francisca: “Es más admirable que imitable”.

Francisca caminó hacia Dios, por caminos duros, difíciles, por rutas que hoy nos resultan extrañas e incluso inaceptables, pero caminó hacia Dios.

He querido suscitar en Vds. más que nada, el interés por la personalidad humana de Francisca, la humilde y sorprendente costurera de Carrión, poetisa a lo divino, teóloga en el Decenario del Espíritu Santo, espeleóloga del espíritu en sus introspecciones y análisis psicológicos.

Quizás debiera aclarar, que al intentar explicar naturalmente esta faceta de la Francisca del Valle, escritora de profundos temas espirituales, no he querido hacer de “abogada del diablo”; mi postura es sólo la de quien trata de investigar honestamente la verdad, sin jugar demasiado fácilmente, con algo tan serio como el milagro.

Si al escucharme tan amablemente, durante este rato, he logrado crear en Vds. la inquietud por conocer los escritos de esta mujer castellana, hija de nuestra tierra y viajera durante 74 años de extrañas y difíciles rutas, se habrán colmado mis deseos.





## BIBLIOGRAFIA DE FRANCISCA DEL VALLE

- “Vida de la Sierva de Dios Francisca Javiera del Valle” ... .. P. Marcelino González. Salamanca 1932. Est. tip. de Calatrava. Primera edición.
- Idem id. Segunda edición. Valladolid 1942. Casa Martín.
- “Decenario del Espíritu Santo” ... Francisca J. del Valle. Salamanca 1932 1.<sup>a</sup> ed.
- Idem id. 2.<sup>a</sup> ed. Patmos n.º 35. 1961. Prólogo de Florentino Pérez Embid.
- “Evolución Mística” ... .. P. Juan G. Arintero. 2.<sup>a</sup> ed. página 505.
- Opúsculo inédito sobre la vida de F. del V., basado en sus escritos. D. Julio Ruiz.
- Dictamen sobre el Decenario de F. del V. ... .. Dr. D. Federico Roldán. Sevilla 1915.
- Testimonios escritos inéditos ... .. P. Ibeas (¿)
- Cartas y Testimonios escritos, incluidos en la Vida ... .. P. José Escudero, profesor de Teología de Comillas. 1931 P. Wenceslao García, Misionero de Anking. 1931. Jerónimas de Gijón.
- “Silabario” ... .. Obra aún inédita de F. del V.
- Varias poesías inéditas de ... .. F. del V.